

Sonia Contardi, José Martí. La lengua del destierro
Rosario, Universidad Nacional de Rosario Editora, 1995, 123 páginas.

El viaje, el exilio, el destierro, la errancia, el peregrinaje se convierten en la interpretación de Sonia Contardi en un abanico de categorías capaces de comenzar a tramar, en contrapunto, la vida de José Martí y su proyecto literario. El destierro como lugar predilecto para construir desde una tradición ausente en Hispanoamérica hasta una utopía posible para estas tierras que recién se asomaban a la modernidad. El viaje como un modo de promover los desplazamientos entre la marginalidad latinoamericana y los centros culturales más avanzados de la modernidad.

Estos desplazamientos en el tiempo y la geografía permiten a Martí poner en contacto y reasumir para sus intereses zonas disímiles del espectro cultural. Desde una Hispanoamérica carente de tradición y sumida en el atraso. Martí procura apropiarse selectivamente de la vasta y rica tradición literaria europea a la cual integra su experiencia de la modernidad en un pueblo joven como EE.UU. Pasado, presente y futuro, carencias, ricas tradiciones y renovadas propuestas se articulan en la pluma de Martí para reflexionar en tomo a la identidad del continente hispanoamericano en momentos en que una modernidad excéntrica se hacía presente e invitaba a la renovación de las letras. Una voluntad cosmopolita, surgida de las entrañas mismas de esta modernidad, moviliza en Martí una serie de operaciones de apropiación y selección en el interior de estas tradiciones ajenas para finalmente fundar una lengua propia. Su primera experiencia se lleva a cabo en Europa para pasar luego a Nueva York sin dejar de revisar el legado de España.

En un iluminador contrapunto la autora analiza los diferentes contextos de enunciación a partir de los cuales Baudelaire y Martí debieron proyectar su propia renovación, marcos necesarios para reflexionar sobre las peculiaridades de la génesis literaria moderna en Hispanoamérica. En el caso del escritor francés, una larga y sólida tradición que comenzaba a mostrar signos de disolución sirve de telón de fondo para enunciar una poética moderna. Como un Jano de doble mirada pone en tensión el pasado y el porvenir, quiere ser modernísimo sin dejar de ser clásico y se destierra “de la felicidad contenedora de un pasado literario”. En cambio Martí, se encuentra con mi pasado que había optado por repetir desde la colonia “numéricamente dispositivos discursivos europeos”, una tradición que resultaba pobre a la hora de provocar su renovación. Para contrarrestar esa carencia registra y absorbe vorazmente las herencias literarias extranjeras y con ellas “fabrica una posesión, mi dominio cultural”, construye el pasado en la escritura y le otorga a Hispanoamérica aquellos materiales “magnos con los que el lenguaje literario americano podrá adquirir voz propia”. Si Baudelaire se destierra del pasado, Martí acapara y saquea la tradición ajena. Ambos eligen su propio *exilio* como un modo diferente de articular el pasado: “si Baudelaire elaboraba su propuesta estética ‘desterrándose’ del tiempo de sus precursores, Martí busca una tierra, establece una particular relación entre los términos del par Literatura/América a los que considera como nudos complementarios e inseparables”. Como un rasgo diferencial que marca nuestros inicios modernos. Martí propone una doble tarea para el escritor: “la de la patria y la de la literatura” y él mismo se constituye como precursor.

Al acopio de otras voces modernas. Martí suma su experiencia de la modernidad en las urbes norteamericanas y de allí extrae materiales para su creación. La vida cotidiana de la gran ciudad, el trabajo de los talleres, la prostitución, el amor pasajero, son trasvasados a sus crónicas y poesías por un movimiento estetizante que les confiere belleza. Utilizando variados procedimientos que incluyen desde las descripciones arcaizantes hasta la imitación de la pintura prerrafaelista, sus crónicas emergen como un discurso híbrido que logra convertir el carácter informativo del periodismo en un lenguaje trabajado “con buril de artesano”. En Martí se advierte el perfil del poeta moderno en su deseo por dominar las “visiones” que huyen y sujetarlas a hormas precisas, a formas adecuadas. El “artista fuerte” de la modernidad es aquel que “trabaja, aguarda y desdeña” para crear la “firme estrofa”, aquel que logra contener el “desorden de los sentidos” en moldes estéticos.

Martí aborda críticamente la modernidad norteamericana y configura imágenes contradictorias, símbolos y alegorías de una modernidad que es a la vez “parto” y “crimen”. En los análisis de varias crónicas se destaca la importancia de la antítesis —a través de la cual Martí modeliza su visión del mundo— en su capacidad para condensar

las contradicciones de la modernidad, sus progresos y vicios, su belleza y fealdad, inscribiéndose en las huellas modernas de una belleza del mal que le permite finalmente elaborar una “reflexión ética”. La estatua de la Libertad, las edificaciones de hierro, la educación y los poetas

señalan, en torno al eje de la fecundidad, una modernidad promisoriosa. La violencia de la naturaleza, inundaciones y terremotos, la soledad del hombre en la gran urbe, los vicios de la ciudad malsana, la escasa moral son su contrapartida. Desde el exilio Martí proyecta estas ambiguas y contrastantes figuras de la escena norteamericana como espejos y puntos de reflexión para pensar el futuro posible de Hispanoamérica, para elaborar una utopía del progreso sin dejar de advertir sobre sus peligros. La lengua martiana configura una residencia “alternativa”, una patria “intelectual” que permite “ingresar al lector de la pequeña aldea al universo de la razón moderna”.

Las apropiaciones martianas, las asunciones de las modernidades históricas y literarias operan como garantía contra el doble encantamiento en que Hispanoamérica se ve sumida y requieren dos operaciones que Martí emprende. Despertar a las “aldeas del sur”, arrancarlas “de los laberintos del mito” para invitarlas a participar de la modernidad y anunciar los rumbos nuevos de la literatura, construir una lengua acorde a estos tiempos de “revuelta”, promover el ingreso de la literatura “al concierto de un tiempo universal”. No obstante en Martí perdura cierta nostalgia por “las siestas de los pueblos” de América Latina, su invitación a la modernidad no es unívoca, vive un continuo conflicto entre su patria de origen y el lugar del exilio, presenta dudas y hace difícil la formulación de una identidad hispanoamericana unívoca.

El cruce de estas temporalidades y espacios que Martí religa en su palabra a través de la presencia fuerte de un sujeto, permiten a Sonia Contardi un análisis de los modos y marcas de la enunciación en las crónicas martianas, índices que delatan “el proceso interno de constitución de los discursos modernizadores”. La figura de Martí permite abordar el complejo problema de la autonomía literaria en América Latina. La autora consigna, en primer lugar, la formulación de una lengua autónoma que a través de la incorporación de la “voz del mundo” se libera de toda imitación para fundar una literatura que sea representativa de la cultura hispanoamericana. En torno al eje Martí-Darío se constituye un primer sistema de filiaciones literarias ya que Darío reconoce en Martí a su padre y precursor. Es en el periódico, espacio de encuentro de los poetas modernistas, donde se van a emprender las actividades que la renovación cultural reclamaba: “formar una lengua literaria propia, definir un estado, autodefinirse, confrontarse a culturas ajenas, evaluar y criticar el mundo de la modernidad...fundar una profesión para el literato, combatir para ser escuchado, pensar el lugar del poeta en tierra americana”, de este modo la página del diario se convierte en una institución gestora de la modernización literaria.

Teresa Basile